

Desespoir

Ahíto de su amor, en la boca tenía un sabor que atosigaba. El placer tiene un límite y yo había gustado hasta la hartura su frágil condición, su solícita carne.

Era una pecadora, sin embargo el único pecado de esa noche fue mío. Sin pensar más que en mí abrí sus muslos blandos. Un olor de azahar invadía el cuarto del hotel en que fornicábamos. Lo hicimos muchas veces; y aunque el deseo me abrazaba, acabé por ser sólo un cuerpo sin sangre. Al final, ella me parecía como el camino que lleva del delirio a la náusea.

A las seis de la mañana la dejé dormir. Lentamente y con esfuerzo me vestí. Salí a la calle buscando la frescura del día; al pasar por la Alameda reproché al viento su manera de acariciar los cuerpos de las estadas.

